

## MONASTERIOS MEDIEVALES BURGALÉSES

### Abaciología de San Cristóbal de Ibeas

A 15 kilómetros al oriente de Burgos, en la orilla derecha del río Arlanzón, y en la carretera que desde esta ciudad conduce a Logroño, está Ibeas de Juarros, lugar de 800 habitantes, sobre poco más o menos.

A la distancia de un cuarto de legua de la iglesia de este pueblo, atravesando el río por un puente de doce ojos—hoy desaparecido—la construcción del cual atribuía la tradición a Rodrigo Díaz de Vivar «El Cid Campeador», se hallaba el antiguo Monasterio Premostratense de San Cristóbal de Ibeas, también hoy totalmente desaparecido, y que en el siglo XII alcanzó su plenitud al amparo de la tutela de los Castro.

Su situación era alegre y pintoresca. Yacía en un barrio pequeño, rodeado de arboledas, cerca de unas colinas no muy altas, las cuales limitan, por la parte meridional, el valle, frondoso y fresco, que desde Burgos sube a los neveros de la Demanda, dividido en dos por el mencionado Arlanzón y regado por él.

La Invasión francesa primero y la subsiguiente exclaustración después, lo pusieron al trance de la agonía; la destrozona desamortización, que quiso ser rasero de riquezas y fortunas, lo dieron un ruidísimo batacazo; y los golpes de picos, palas y azadones de los villanos y vividores de las realidades groseras del momento, lo redujeron a escombros y solar y campo abierto a toda clase de inclemencias.

Por ello sin duda, y porque sus restos, parvos e inexpresivos, no convidan a la investigación arqueológica, este Monasterio medieval de la Regla del Premontré permanece poco más que inédito, salvo muy contadas noticias de competentes en materia de Historia (1). Quizá también haya a ello contribuido el que la riqueza abundosa de Casas Monasteriales enclavadas en el suelo provincial ha bastado y hasta rebasado el ansia de los eruditos.

(1) Don Manuel Assas, en los periódicos locales del siglo XIX: el Abad de Silos, P. Dom Luciano Serrano, en el *Obispado de Burgos y Castilla I rimitiva*, y D. Teófilo López Mata, en *Los Monasterios Medievales de la Comarca de Juarros*, en el número 87 de este BOLETIN.

De San Cristóbal de Ibeas no queda nada a no ser la soledad y el silencio. Mas como esto no es lícito el que siga, he querido, con mis manos inhábiles, acarrear y ordenar algunos datos que, saliendo de la polvorienta sombra de los Archivos, ponga delante de los ojos de los que miran y sienten la Historia algo que lo evoque y que invite a darlo a conocer.

Mi intento, por ahora, es hacer desfilar los Abades que le gobernaron y de ahí el título del presente artículo, pero, antes de hablar por los documentos, como preámbulo obligado, dejemos decir a sus ruinas.

## EL MONASTERIO

Obedecía la Abadía de San Cristóbal de Ibeas, salvo algún detalle, al conocido plan de la avasalladora Orden de Citeaux. La iglesia, que ocupaba la parte septentrional de los edificios protegía a éstos, con su mayor altura y situación, de los aires fríos del cierzo o norte; el claustro a ella pegado y, en su torno, las dependencias conventuales.

Quebraba la cerca, para entrada al recinto monasterial, una portada que abría sobre un patio o jardín, al que daban las portadas exteriores de la iglesia y de la casa-residencia. Pertenecía aquélla al estilo ojival primitivo, sobre ella un tejazoz con canecillos y embudido sobre el ápice de la ojiva de su ingreso, un trozo moderno. Correspondían éstas, que tenían frontones circulares, feamente achataados, con otras extravagancias, al greco-romano decadente del s. XVII.

La piedra con que estaban construídas era de granito rojo.

## LA IGLESIA

EXTERIOR.—Formaban la cabecera de la iglesia tres ábsides semicirculares de los cuales el de en medio era considerablemente mayor que los colaterales, y éstos, en todo, semejantes entre sí.

El mayor, carente de estribos absidiales, tenía cuatro columnas tan altas como él y esbeltísimas, empotradas en el muro hasta la mitad del diámetro de sus fustes, y cuyos pedestales, basas y capiteles eran completamente caprichosos; éstos últimos se diferenciaban unos de otros como todos o los más de la iglesia. Las columnas sostenían, ayudadas de una arcatura trebolada cuyos arquitos arrancaban de canecillos, unas molduras que corrían en derredor del ábside, y con la arcatura y capiteles formaban el tejazoz. Este ábside se dividía en dos zonas por una cornisita o imposta que corría sobreponiéndose a los fustes de las cuatro columnas. Llenaban cada intercolumn-

nio de la zona inferior dos arcos ornamentales semicirculares y gemelos, en cuyas cabeceras se veían, como inscritos, anchos tréboles. La zona superior tenía en cada intercolumnio una ventana, a cuyo vano, estrecho como una aspillera, acompañaban dos columnas sobre cuyos capiteles cargaban dos impostas corridas, de que arrancaba un arco semicircular.

Los ábsides colaterales no tenían más que una sola zona y se adornaban cada uno con una ventana compuesta de una aspillera, dos columnas y un arco semicircular y con dos pilastras entregadas en la pared y achaflanadas que sostenían un tejazoz muy parecido al del ábside central.

Sobre el tejado de los dos colaterales, en cada una de las paredes que desde el mayor corrían por junto a ellos, se veía una ventana compuesta de dos columnas, dos impostas y arco semicircular, en cuyos aristones había unos recortes romboidales que, formando ángulos entrantes en la arista y corriendo por toda ella, daban al arco una forma rara mirándola escorzado y que recordaban, como dijo Assas, otros semejantes que se hallan en una portada de Bardsey en el ducado de York en Inglaterra, construída durante la primera mitad del siglo XII, reinando allí Enrique I.

Los tres ábsides eran de piedra sillería, muy bien labrada, amarillenta y de granito arenizo, tan limpia y bien conservada que, al ser demolidos, daban la sensación de acabarse de hacer.

Cada piedra tenía rehundida una letra que parecía contraseña.

El piso del campo inmediato a la cabecera de la iglesia, habiendo subido, ocultaba las basas y algo de los fustes y arcos ornamentales que decoraban esta parte de la iglesia, pero podía verse bien porque, con tal objeto, hicieron abrir los Premonstratenses un foso que les puso a descubierto.

Dichos ábsides pertenecían a la arquitectura semicircular que se usó desde que el culto cristiano fué libre hasta el siglo XIII, y eran del estilo que en Francia se ha llamado Lombardo, en Inglaterra Sajón o Normando y en España romano-bizantino.

Junto al ábside colateral del Evangelio se veía una puerta tapiada que constaba de un arco y dos columnas, con capiteles revestidos de toscos follajes, coetánea de los ábsides y que debió ser la de acceso al oratorio rural o a la primitiva iglesia familiar.

La hermosa cabecera de la iglesia no concordaba con el resto del templo. Los separaba el arte y la cronología. Los tramos central y de los pies se hallaban totalmente desnudos de todo ornato, sin duda porque, como dicen los documentos, el R. P. Don Pedro de Arciniega,

durante su Abadiato que comenzó en 1517, reedificó la iglesia conventual.

INTERIOR.—La planta de la iglesia, era como la de las primitivas basilicas cristianas. Los tres ábsides formaban, como hemos dicho, la cabecera de ella, y desde ellos hasta los pies de aquélla corrían paralelamente tres naves.

El adorno interior del ábside central correspondía bastante al exterior. Veíase a cada lado, en lo alto, una ventana; debajo una cornisa sobre tres arcos ornamentales y en la parte inferior un nicho que parecía piscina.

Los ábsides estaban ejecutados con el mayor lujo de su época, que parece ser el siglo XII, según se desprende de su estilo y de una lápida de 13 pulgadas de alta y 1 de ancha, que se veía junto a la piscina o nicho del lado del Evangelio en el ábside mayor, como a una vara del pavimento, y cuya inscripción, en letra de carácter llamado monacal, decía así:

«In era MCLXX fuit hoc opus fundatum a Martino  
Abbate Regente. Petrus Christoforus Magister huyus  
operis fuit».

En la era de 1170 y año de Cristo de 1132 fué fundada esta obra por Martín Abad, rector. Pedro Cristóbal fué el maestro de esta obra.

El altar mayor lo hizo una señora llamada D.<sup>a</sup> María de Almenar, según se leía en una lápida del lado de la Epístola, haciendo simetría con la anterior y de caracteres en un todo semejantes a ella, y cuya inscripción decía:

«In honore Sancte Marie fecit hoc Altare  
Domina María de Almenar».

En honor de Santa María hizo este Altar Doña María de Almenar.

El altar de que habla esta inscripción fué sustituido por el que últimamente existía (que también desapareció a manos de los contratistas de los dorados de retablos) y era de estilo greco-romano restaurado.

No había en esta iglesia más capillas que los tres ábsides, pues si bien en tiempo del Abad Don Rodrigo Támara (1270-1278) se edificó la de San Juan, es lo cierto que no permanecía en los últimos tiempos.

Junto al colateral del Evangelio se veía una puerta tapiada que exteriormente constaba de un arco y dos columnas, con capiteles revesti-

dos de toscos follajes, y cuya decoración interior era muy semejante a la de fuera. Su construcción era coetánea a la de los ábsides.

Al lado de la puerta de la sacristía existieron dos arcos sepulcrales; el primero del estilo del renacimiento, aunque muy pobre, si se comparaba con las infinitas construcciones que de su época (siglo XVI) se hallan en Burgos. Yacía en él un Abad del Monasterio o quizás las cenizas del Dr. Tosano, Visitador que congregó en Burgos a los Prelados premonstratenses para recibir su obediencia, que falleció en la misma ciudad y de donde el Abad de San Cristóbal de Ibeas, R. P. Don Juan de Arciniega, trasladó su cadáver para su inhumación en esta su iglesia conventual.

El segundo formaba sobre su lecho dos caballetes, como de tejado, que corrían desde la cabecera hasta los pies del sepulcro. En los declives de los caballetes se veían varios escudos de armas que traían estrellas que es de suponer serían los blasones de las personas cuyos restos yacían allí, y que corresponden a la familia de los Rojas.

Al lado de estos sepulcros estaba la puerta por donde se pasaba de la iglesia al claustro. Tenía ésta machones acodillados, columnas en los codillos, capiteles que podía decirse eran un término medio entre los de pirámide truncada inversa, perteneciente al estilo bizantino y los del latino, y con hojas muy distantes de los modelos naturales y toscamente ejecutados. El arco era abocinado y su archivolta, en que abundaban los bolteles y las molduras cóncavas, tenían unos recortes romboidales semejantes a los de las dos ventanas que estaban sobre los ábsides menores en las paredes laterales de la Capilla mayor.

El embaldosado de la iglesia, las rejas del antecoro, el poscoro, el púlpito y su sombrero o guarda voz, se hizo durante el gobierno del R. P. Don Gilberto Calvo Toledo (1795-1798).

El resto del interior de la iglesia no conservaba nada digno de mención especial, pues aunque Gutiérrez Fernández de Castro la reconstruyó a sus expensas y en ella fué enterrado corriendo el mes de agosto de 1166 (Cart. de El Moral, pág. 27), ya hemos dicho, al tratar de su exterior, que los tramos central y de los pies fueron demolidos y reedificados, para su ampliación, en el siglo XVI.

## EL CONVENTO

**CLAUSTROS.**—La galería claustral vieja, de una sola altura, data de la misma época que la puerta, ya descrita, por donde se pasaba de la iglesia al claustro.

Lo nuevo del claustro se componía de un cuerpo inferior toscano, muy austero, y otro superior jónico y ambos muy sencillos.

En tiempo del Abad R. P. Don Jerónimo de Santa María (1595-1597) se levantaron los dos claustros, el que iba al coro y a la portería, y, en tiempo del Abad R. P. Don Francisco Pérez Carpintero (1732-1735) se mandó demoler y levantar de nuevo el claustro.

SALA CAPITULAR.—Se llamó primitivamente Capilla de Santa Catalina «...que es en la claustra...», y, aunque debió ofrecer bastante interés, carecemos de otros datos de referencia.

El refectorio, dormitorio de monjes, portería, pasadizos, etc., eran de modesta significación artística, si bien no debieron carecer de importancia, puesto que este Convento fué uno de los principales que en España tuvo la Religión Premostratense, en él se leían Artes y de él salieron muchos varones ilustres que lo ennoblecieron con sus vidas, virtudes y letras.

#### AMANCIO BLANCO DIEZ.

(Continuará).